

Estos son tiempos mediocres.

La gente ha perdido la fe en lo increíble.

Espero que ustedes tengan una mente abierta...

Los que caminan en el cielo

Escrito por Marcelo Carter

Gabriel es un joven muchacho que se encuentra en la que debe ser sin lugar a dudas la playa más fea del mundo. El clima es frío y húmedo, bajo un opresivo cielo gris permanece sentado sobre unas rocas escribiendo cosas de su propia creación a modo de escapar de su solitaria y aburrida vida. Una chica, que es alumna de su misma clase, camina por un sendero en el sector más alto de aquel roquerío, ésta observa de pronto a Gabriel y decide bajar para saludarle.

–¡Hola! – Le saluda Claudia aproximándose.

–Hola, Claudia. – Responde Gabriel levemente sorprendido por su repentina aparición. – ¿Cómo estás?

–Bien, con un poco de frío nada más. – Dice la chica sentándose junto a él. Luego deposita su mirada en el cielo. – Es una mañana bastante gris... – Comenta despreocupadamente, luego vuelve su rostro hacia Gabriel. – Por cierto, ¿por qué no fuiste hoy a la escuela?

–Tenía cosas que hacer en casa. Mañana iré.

–¿Y no tienes miedo a las criaturas de la playa? En las noches algunos dicen haberlos visto.

–Bueno, son solo cuentos, además... ahora no es de noche. –Bromea.

Gabriel no puede evitar sentirse un poco avergonzado. No la pasa muy bien en la escuela ya que a diario suele ser el blanco de burlas y acoso por parte de otros alumnos, poco a poco ha dejado de ir a clases. Claudia por su parte lo mira con curiosidad, casi como un doctor a una rata de laboratorio.

–Te gusta mucho escribir, ¿eh? – Pregunta Claudia fijándose en el cuaderno que tiene Gabriel sobre sus rodillas.

–Sí, me gusta bastante. Espero algún día publicar...

–¿De veras? ¡Oye eso está muy bueno! Ojalá yo tuviera cabeza para eso o para hacer algo especial.

–Bueno, deberías intentarlo...– Le anima Gabriel sonriendo. – Solo es cosa de que te lo propongas y perseveres.

De pronto la chica se queda mirando a Gabriel directo a los ojos por unos segundos.

–Tú no eres como los demás...– Le dice finalmente. – Eres distinto.

–No creas... no soy especial ni nada de eso. – Responde Gabriel mientras siente como sus mejillas comienzan a ruborizarse.

–Gabriel, ¿has besado alguna vez a una chica?

–No...

–¿Quieres besarme?

–No lo sé...

–¿Es por cómo me ves en la escuela, no es así? – Pregunta Claudia. –Me gustaba juntarme con los revoltosos y con los que fuman, pero ya estoy harta de andar con ellos. Tú eres distinto... eres especial.

Gabriel vuelve su rostro para el otro lado. Avergonzado, por primera vez siente la necesidad de confesarse.

–Suelen molestarme. Soy muy cobarde a veces... porque nunca me defiendo.

–¿Lo ves? Estamos hechos el uno para el otro. A mí también ya me ven como “rara”. Cierra los ojos...– Le dice mientras se arrima a su cuerpo.

Claudia toma a Gabriel de su mentón, éste emocionado cierra los ojos y acerca su rostro en espera de aquel mágico beso, sin embargo, la muchacha saca del bolsillo de su chaqueta un ratón muerto y posa su hocico encima de los labios de él. Acto seguido, el resto de los demás alumnos que permanecían ocultos hasta ahora salen finalmente de su escondite riéndose a carcajadas de la ingenuidad del pobre Gabriel. Uno de ellos no deja de grabar con su teléfono móvil

–¡Idiotas!, ¡Idiotas buenos para nada! – Exclama Gabriel lleno de rabia mientras recoge su bolso y su cuaderno dispuesto a marcharse de ahí.

–¡Al menos nosotros no besamos ratones! – Le responde uno de los revoltosos.

Gabriel mira fugazmente a Claudia. Le invade una profunda tristeza al darse cuenta que creyó por unos segundos en el que parecía ser el sincero afecto que le estaba ofreciendo la muchacha, quien ahora se ríe a carcajadas de él. Con prisa termina de recoger sus cosas y huye del lugar avergonzado.

El chico camina por las maltrechas y sucias calles de aquel pueblo costero en el que vive, al parecer ya ha encontrado otro buen motivo para no ir a clases por el resto de la semana. Gabriel vive con su madre, su hermana pequeña y su abuelo quien se encuentra postrado en una silla de ruedas desde que el muchacho tiene memoria. Al llegar a casa su hermana pequeña lo recibe con alegría, salta del viejo sillón de la sala y corriendo se lanza a sus brazos. Gabriel siente una enorme responsabilidad por ella. Sabe que cuando se convierta en hombre deberá cuidarla, al igual que a su madre y a su abuelo por los años que le queden. La pequeña Camila le toma de la mano y lo conduce por el pasillo hacia el fondo de la casa. Mientras es llevado pasan por la sala donde el abuelo todos los días se queda mirando la TV, siempre se queda frente a la pantalla observando el movimiento que ahí se exhibe a un volumen muy bajo. Gabriel se detiene en el umbral de la puerta.

–Hola, abuelo. – Saluda Gabriel aun sabiendo que éste nunca le ha contestado de vuelta. De hecho, no recuerda palabra alguna que el anciano haya dicho en toda su vida. – ¿Quieres que le suba el volumen a la TV?

Mientras su hermanita pequeña aguarda en el pasillo, el muchacho se acerca a la TV y gira la perilla del volumen para que su abuelo escuche.

–¿Ves? Así está mejor.

El anciano se queda observando el anestésico suceso de imágenes y sonidos que emite la cajita eléctrica. Finalmente, Gabriel se aleja y vuelve a tomar de la

mano a Camila para continuar su camino por la casa. En el patio trasero se encuentra su madre terminando de colgar la ropa recién lavada.

–Hola, hijo. ¿Qué tal la escuela? – Le pregunta al verle aparecer.

–Una porquería... – Responde apoyando su bolso sobre una vieja mesa de madera.

–Te he dicho que no hables así frente a Camila.

El muchacho observa por unos breves segundos a su hermana pequeña quien aún lo tiene tomado de la mano.

–Lo sé, mamá. Pero ya sabes que esa siempre es mi respuesta ¿para qué preguntas?

–Bueno, nunca pierdo las esperanzas de que las cosas cambien. – Le dice su madre riendo con dulzura. Gabriel, sintiéndose un poco culpable, acaba por sonreír también. – Además, hijo. La escuela es una gran ayuda. Si te va bien en ella muchas puertas se te abrirán y con ello puedes tener la esperanza de algún día salir de este pueblo, de este lugar, de ser alguien en la vida.

–Mamá, me lo dices como si yo no fuera nadie...

–Tú sabes lo que quise decir. – Se excusa su madre. – Solo quiero que te vaya bien, nada más.

–Sí, está bien. Lo entiendo. – Dice Gabriel cogiendo su bolso bastante desanimado. – Voy a mi cuarto.

El muchacho se dirige a su habitación la cual se ubica en el fondo del largo pasillo de la casa, tras él le sigue Camila. Cuando entra a su habitación Gabriel se voltea para cerrar la puerta y con extrañeza se da cuenta de que su pequeña hermana le ha seguido hasta ahí.

–¿Qué pasa, hermanita? – Pregunta Gabriel.

–Quería decirte que para mí si eres alguien.

El chico sonrío y luego se inclina para quedar con su rostro a la misma altura.

–Ahora somos pobres, pero cuando publique mi primer super-ventas y gane dinero lo primero que voy a hacer será comprarte el poni que tanto deseas. – Le dice desordenándole el cabello. – Ahora voy a descansar así que ve ayudarle a mamá, ¿bueno?

Camila obedece al instante y sale de la habitación radiante con la idea de tener su propio caballo poni. Gabriel finalmente queda solo en su cuarto, deprimido se tiende sobre la cama preguntándose cuántas veces más tendrá que mentirle a su madre diciendo que sí está yendo a la escuela. Al cabo de unos segundos agarra uno de los cojines que tiene a mano y con fuerza lo aplasta contra su rostro.

Por la tarde Gabriel recibe la visita de Alberto, su mejor amigo. Éste fue el primero en hablarle cuando llegó a la escuela tras cambiarse por problemas económicos hace casi dos años. Hoy han quedado para que Alberto le ponga al día de las materias y tareas que han pasado en clases durante su ausencia. Es primera vez que éste visita la casa de Gabriel, así que es conducido al cuarto en el final de la casa a través del largo pasillo. Mientras avanzan cruzan la sala de estar donde se encuentra la TV, ahí se encuentra Camila mirando sus dibujos animados.

–Ella es mi hermana Camila. – Dice Gabriel deteniéndose junto a su amigo en el umbral de la sala. – Está viendo la tele ahora, así que dudo que nos ponga atención. – Bromea.

Ambos chicos siguen avanzando por el pasillo y pasan por el cuarto del abuelo de Gabriel. La puerta se encuentra abierta y al detenerse pueden ver al anciano sentado en su silla de ruedas mirando por la ventana del cuarto hacia el exterior.

–Él es mi abuelo... – Le indica Gabriel en voz baja. – No puede hablar, ni tampoco caminar... lo he visto en esa silla de ruedas desde siempre.

Finalmente llegan a la habitación del muchacho. Gabriel hace pasar a su amigo y luego cierra la puerta.

–¿Y dónde está tu mamá?

–Fue a la tienda a comprar algunas cosas. – Responde Gabriel mientras quita unos libros que tenía desparramados sobre la cama. Alberto se fija en la tapa de uno en particular.

–¡Hey! ¿Estás leyendo la novela “A un paso del juicio”? – Le pregunta Alberto con emoción.

–Sí. ¿La conoces?

–Claro. La estaba leyendo, pero extravié el libro así que no pude terminar de leerlo. No recuerdo de que país es el autor, pero la novela es bastante buena.

–Es de un escritor colombiano... – Contestó Gabriel ofreciéndole el libro a Alberto.
– Algún día espero publicar y conocerle en persona.

–Gracias, Gabriel. Te prometo que lo cuidaré.

Durante la tarde se dedicaron a charlar de distintos temas y eso ayudó bastante a mejorar el ánimo de Gabriel. Su amigo eso sí le hizo prometer que al día siguiente sí iría a clases, ya que las constantes ausencias podrían pasar a convertirse en otro problema más de su vida escolar.

Inevitablemente llega la noche cubriendo el cielo y la atmósfera con esa extraña sensación de incertidumbre. Gabriel, como suele suceder en las noches calurosas, va al patio trasero a tomar un poco de aire fresco antes de irse a la cama. Se encuentra sentado en una vieja silla mecedora cargando en sus brazos una guitarra sucia a la cual le faltan dos cuerdas, se ha puesto sobre su cabeza un sombrero de vaquero que compró una vez en una feria de cosas usadas, le gusta parecer extravagante a veces. Esta noche le acompaña su abuelo, quien postrado en su silla de ruedas observa en silencio junto a él las estrellas, y con particular atención, la luna.

–Es hermoso el cielo nocturno, ¿no, abuelo? –Comenta Gabriel. – A veces pienso que las estrellas, el sol, la luna... son una metáfora de algo, tal como dijo Neruda.

El muchacho se inspira cuando hay alguien alrededor que le escuche, en este caso está su abuelo. De improviso el anciano comienza a emitir gruñidos bastante confusos y trata de abrir la boca con dificultad para intentar decir algo, parece desesperado, sin embargo, sus ojos no se apartan de la luna.

–¿Mmm? ¿Pasa algo con la luna, abuelo? – Pregunta Gabriel posando su mirada en nuestro satélite natural. – Es misteriosa la forma en que controla nuestras mareas y el estado de ánimo de los animales...

De pronto el anciano libera un grito desgarrador, mezcla de odio y de rabia aparentemente contenida durante mucho rato, el alarido quebranta el silencio de la noche. Gabriel, petrificado, se le queda mirando sin atinar a nada. En eso su madre llega casi corriendo preguntando qué es lo que sucede.

–El abuelo... el abuelo ha gritado no sé por qué razón... – Contesta el muchacho volviendo en sí y notando que el anciano aún mantiene su vista clavada en la luna.

Mónica, la madre de Gabriel, decide que lo mejor es que el abuelo entre a la casa así que toma la silla de ruedas e ingresa con él hablándole suavemente al oído para que se tranquilice. Gabriel se queda afuera, aun sin entender nada observa a la luna por unos segundos más como si ahí pudiera encontrar alguna explicación.

Al día siguiente Gabriel asiste a la escuela. Es la hora de recreo y dos de sus compañeros de clases se encuentran en la sala charlando.

–No lo invites a tu cumpleaños. – Le dice uno al otro. – Es pobre y quizás te robe algo, los pobres son así.

–Es que una vez me ayudó a hacer una tarea. – Le responde el otro. – Es por ser amable. Tampoco tengo muchas ganas de invitarlo, Capaz se me pegue como una babosa y me empiece a pedir cosas prestadas.

–O invítalo no más, capaz que te diga que no puede porque ese día deba cambiarle los pañales a su abuelo...

Los alumnos explotan en una fuerte risotada. Gabriel escucha todo esto sentado dos pupitres más atrás ocultando la cabeza bajo su chaqueta escolar. Sintiendo aludido se levanta de su asiento y opta por irse al patio. En una banca se encuentra su amigo Alberto conversando animadamente con una chica, Gabriel decide no interrumpirle y se va a un rincón a sentarse a solas. “Este será un largo día”, piensa.

Finalmente llega la hora de salida. Los alumnos salen todos frenéticamente de las aulas empujándose entre sí. Gabriel se da prisa para poder alcanzar a Alberto antes de que se le pierda de vista.

–Hey, Alberto. Tengo ganas de ir al bosque del cerro... ¿te animas? – Le pregunta una vez estando a su lado.

–¿Al bosque? ¿A qué?

–Pues a recorrerlo, dicen que por ahí andan duendes en las noches. – Responde Gabriel.

–No, no... donde dicen que andan criaturas en la noche es en la playa. En el bosque anda el fantasma de una novia. – Le corrige Alberto. – En todo caso lamento no acompañarte, es que quedé de ir a la casa de Andrea.

Gabriel se siente levemente decepcionado ya que comúnmente su amigo acepta esa clase retos, pero siempre hay una primera vez para un “no”. Finalmente, el chico opta por ir solo. Le encanta contemplar paisajes solitarios y abandonados. Gabriel se adentra en aquel bosque por un sendero de tierra claramente demarcado, a su lado le rodean enormes árboles de abundante frondosidad. El muchacho llega a un lugar muy bonito en el cual una enorme roca lisa le invita a detenerse, así que sentándose en ella coge el bolso y de ahí extrae su inseparable cuaderno para anotar en el todo lo que su imaginación comience a dictarle. La extraña experiencia vivida la noche anterior cuando su abuelo le gritó de forma sorpresiva a la luna se le vino a la mente y la idea que podría surgir de ahí le pareció muy interesante. Es sabido que la luna tiene, al parecer, cierta influencia en las acciones y comportamiento del ser humano, de hecho, los crímenes

aumentan el doble en las noches de luna llena, de ahí salió la idea del famoso “hombre lobo”. Inspirado por lo que Gabriel considera una super idea se apresura en coger papel y lápiz para escribir una cruda y triste historia acerca de una familia la cual debe esconder un secreto acerca de uno de sus miembros, quien es verdaderamente un hombre lobo. En ese momento mientras Gabriel está completamente absorto en su escritura puede oír un singular crujido a la distancia que lo distrae fugazmente. El crujido se vuelve más constante y repetitivo, se oye como si alguien estuviera pisando pequeñas ramas. Es extraño que alguien más se encuentre ahí, pues no le ha parecido ver a nadie alrededor. Gabriel pierde la concentración a causa del ruido así que, fastidiado, decide marcharse del lugar. Al coger su bolso se da cuenta de que está a pocos metros de una quebrada oculta tras unos arbustos de mediana estatura y desde ahí es de donde parece provenir aquel singular sonido. El chico camina silenciosamente hacia el borde para echar un vistazo y así salir de la curiosidad, y ahí es cuando lo ve...

Se trata de un hombre (o al menos eso parece) de contextura musculosa. Su piel se encuentra cubierta completamente por escamas igual a la de los reptiles, de hecho, su rostro, si bien presenta facciones humanas, también posee algunas anomalías en los ojos y mandíbula que se asemejan a esos vertebrados. El horrendo ser se encuentra agachado y bajo uno de sus pies permanece atrapado el cuerpo de una anciana la cual estaba devorando con su repugnante hilera de dientes. El “crujir de ramas” no era más que el sonido de los huesos de costilla que el ser estaba triturando mientras intentaba abrirse paso para llegar hasta el corazón de su víctima. De pronto aquel hombre mitad reptil inclina su cabeza hacia arriba y sus ojos amarillentos se posan en los de Gabriel quien aún no puede dar crédito a la escalofriante escena. El ser se pone de pie, su estatura sobrepasa el metro noventa. El chico finalmente reacciona y huye corriendo a toda velocidad, sin embargo, no alcanza a avanzar mucho ya que frente a él y mediante algún tipo de teletransportación vuelve a aparecer el amenazante reptil humanoide. Con un movimiento fugaz lo toma por el cuello y alza su musculoso y escamoso brazo suspendiendo al muchacho en el aire. Gabriel, presa del pánico, apenas y puede respirar. Sintiendo como la muerte le ve directo a la cara decide

hacer un último esfuerzo y posa sus dos manos en el rostro del extraño ser y con todas sus fuerzas hunde sus dedos en los ojos amarillentos. La criatura reptiliana lo suelta y retrocede dando un horrendo gruñido de dolor, algo cae al suelo cuando hace ese movimiento. El chico sabe que ésta es su única oportunidad de huir, pero cuando lo intenta siente que alguien lo detiene tomándole del brazo y se lo impide. Se trata de un hombre tan alto como el ser reptiliano, pero este no tiene escamas en su piel, de hecho, su rostro presenta más bien rasgos nórdicos con su tez blanca y cabello claro. Tras él aparece una mujer de similares características. Ambos visten pantalones oscuros de singular textura que se mezclan con sus botas las cuales presentan unos bordados y grabados inentendibles, extraños dibujos y detalles que se repiten también en el cinturón dorado que llevan consigo. Más arriba visten una singular prenda blanca que deja descubierto solo parte del pecho y de sus musculosos brazos. El que momentos antes detuvo a Gabriel levanta ahora su mano y le ordena algo al ser reptiliano en un extraño idioma, éste responde con un grotesco alarido y luego huye del lugar dando gigantescos saltos hasta finalmente perderse de vista.

–Mi nombre es Gha-Kanon. No tengas miedo... – Le dice aquel hombre en perfecto castellano. – ¿Dónde vives?

Gabriel aun no puede recuperarse del asombro y del terror ante lo vivido. Se queda mirando a aquel hombre en silencio mientras intenta asimilar la realidad.

–No te haremos daño. ¿Cuál es tu nombre?

–Mi nombre es... Gabriel... – Responde logrando apenas controlar los temblores de su barbilla. – ¿Qué fue esa cosa? ¿Por qué se fue volando por el aire? ¿Quién era?

Gha-Kanon y su acompañante no pronuncian ni una sola palabra, tan solo contemplan en silencio al joven muchacho exigir explicaciones.

–... ¿y ustedes quiénes son? – Pregunta finalmente Gabriel sintiendo cómo un escalofrío recorre su espalda.

–Lo lamento. – Dice la mujer que acompaña a Gha-Kanon, luego apoya la palma de su mano izquierda sobre los ojos del muchacho y suavemente la desliza hacia abajo haciendo que Gabriel caiga al suelo presa de un profundo sueño.

Ambos se le quedan mirando ahí tendido en el suelo por unos segundos.

–Ha sido muy valiente ¿no? – Indica la mujer.

–Así es... – Responde Gha-Kanon inmerso en sus reflexiones.

Pasan horas hasta que Gabriel comienza a despertar. El sonido característico de los grillos en la naturaleza es lo primero que logra oír. Con dificultad lentamente se incorpora en el suelo mientras se da cuenta que ya es casi de noche. De a poco el recuerdo de las imágenes vividas horas antes llegan a su cabeza y el miedo se vuelve a hacer presente. ¿Acaso fue todo un sueño?, ¿Quién o qué era esa cosa con piel de reptil?, ¿y esa pareja?, ¿de dónde eran? El temor de que la noche le encuentre en ese lugar tan aislado y desprotegido hace que el chico se ponga de pie rápidamente, coge su bolso casi temblando y antes de marcharse con el rabillo del ojo se fija en el extraño metal que cayó del cuello del reptiliano, aparentemente es un collar. Gabriel se acerca con mucho cuidado y se toma su tiempo antes de cogerlo, “Entonces... no fue un sueño”, piensa. Asegurándose de que es totalmente inofensivo lo guarda en el bolsillo de su pantalón para examinarlo con más calma una vez estando en casa.

Finalmente, Gabriel llega a su hogar con el uniforme escolar completamente sucio. Entra temblando y pasa junto a su madre sin siquiera dirigirle la palabra producto del shock en el que todavía se encuentra.

–Eh, jovencito. – Le llama la atención su madre. – ¿Esos son modales?

Gabriel se detiene y la queda mirando con ojos desorbitados por algunos segundos mientras intenta ordenar sus ideas.

–Perdón, ma... es que... tengo que ir al baño... – Responde atropellando las palabras.

El muchacho entra al cuarto de baño y corre el pestillo de la puerta. Se contempla en el espejo mientras intenta respirar profundamente para calmarse. “Nadie te creerá”, se dice a sí mismo en voz baja. “No te me acobardes ahora, ahora menos que nunca”, “lidia con esto”, “todo va a salir bien”. Luego, tras unos pocos segundos más por fin logra controlarse y se guiña un ojo en el espejo en señal de autoconfianza.

Durante la cena Gabriel se comporta de forma normal con su madre y su hermana en la mesa, hace un esfuerzo sobrehumano para no levantar ninguna clase de sospechas y espera pacientemente a que la merienda acabe para poder tener un espacio a solas y examinar aquel misterioso collar perteneciente al reptiliano. Finalmente, la oportunidad se concreta y el chico se encuentra ahora a solas sentado en el patio, sobre él, la oscura bóveda del cielo nocturno que le acompaña mientras examina con mayor detención aquel artilugio metálico que se desprendió del cuello de la criatura. En efecto, se trata de una especie de collar repleto de inscripciones extrañas e incomprensibles. Gabriel tuvo la tentación de ponérselo alrededor de su propio cuello, pero el temor ante cualquier clase de imprevisto fatal le hizo desistir de la idea. Piensa también en la desgraciada anciana que fue víctima del horroroso ser caníbal y en la preocupación y desconsuelo que debe sentir su familia, sin embargo, también es consciente de las consecuencias que tendría el ir a denunciar él mismo a las autoridades el hecho del cual fue testigo. ¿Y aquella misteriosa pareja que apareció después? Ahora puede recordar con claridad el momento en el que la mujer le hizo entrar en un profundo sueño, no parecían ser tan hostiles como el reptiliano. Mientras Gabriel permanece sumido en sus propias conclusiones puede escuchar un sonido a sus espaldas que le hace saltar del espanto, al voltear se da cuenta de que es su abuelo quien en su silla de ruedas ha salido al patio.

–Abuelo, no hagas más eso... – Le dice Gabriel sonriendo aliviado. – Casi me matas del susto.

Mas en ese instante el chico se da cuenta de que el abuelo llegó hasta el patio por sus propios medios, siempre creyó que no era capaz de mover un solo músculo, de hecho, él mismo varias veces había tenido que darle comida en la boca.

–Espera... ¿cómo has salido?

El anciano levanta su brazo derecho y con su mano le hace un gesto de “silencio” a Gabriel a quien observa fijamente con sus ojos inyectados de locura.

–He visto ese collar que tienes en tus manos... – Le dice finalmente el abuelo. – Tú también le has visto ¿verdad?

–Abuelo... estás hablando... – Le dice el chico lleno de incredulidad. – ¡Estás hablando!

–Sí... a veces hablo conmigo mismo... – Le responde el anciano en voz baja. – Pero ahora guarda silencio... esa cosa que tienes en tus manos yo sé que es, y una vez vi a su dueño...

–¿A su dueño? – Pregunta Gabriel tragando saliva.

–Hace veinte años atrás yo me encontraba acampando en un lago cerca de la montaña sur, era plena tarde y fue cuando los vi salir del agua. Era un grupo de seis o siete enormes seres con una piel semejante a la de los reptiles, y ojos amarillos, siniestros... llenos de maldad. Caminaban como hombres, pero no lo eran. Luego, la segunda vez fue hace unos meses atrás. Tu madre me llevó a la clínica del pueblo y de regreso nos vinimos por el camino de la playa, allí a lo lejos pude ver parado a uno de ellos sobre una roca. La playa estaba desierta, estoy seguro de que nadie más lo vio, solo yo. Era alto e imponente, casi dos metros de estatura y en su rostro pude distinguir una maldad más acentuada que antes, estoy seguro de que me miraba a los ojos... estaba ahí, parado sobre una roca... y me miraba. ¿Puedes creerlo? 20 años pasaron y pude ver a uno de ellos nuevamente... tú también le has visto ¿no es así?

Los ojos del abuelo brillan a causa de la emoción, aunque Gabriel teme más que se trate de locura.

–Abuelo. Creo que debemos entrar a la casa...

–No, no... no te irás de aquí hasta que me digas la verdad. – Le dice el anciano agarrando firmemente el delgado brazo del muchacho, quien siente cómo los dedos de su abuelo se incrustan en su piel.

–Es cierto, abuelo... hoy por la tarde vi a uno muy de cerca. Noté que esto se le cayó al suelo y antes de huir lo recogí para traerlo conmigo.

–Su presencia no nos augura nada bueno, Gabriel. – Dice el anciano soltando el brazo de su nieto. – En los lugares donde suelen ser vistos siempre cae la desgracia. Desaparecen niños y ancianos, aparecen animales mutilados. Ellos nos observan todo el tiempo, Gabriel y de vez en cuando bajan a la tierra para hacernos daño...

–¿Bajan a la tierra?

–Así es. Ellos no son de aquí, pero nos observan todo el tiempo.

–¿Desde dónde nos observan, abuelo?

El anciano levanta su mano derecha y con el dedo índice apunta a la luna llena que se encuentra justo sobre sus cabezas.

Al día siguiente Alberto se reúne con Gabriel después de clases en unos roqueríos en el sector más aislado de la playa. Bajo la cortina de un ya conocido cielo gris ambos chicos revisan el artilugio de metal perteneciente al reptiliano. Gabriel le ha contado todo a su mejor amigo. Absolutamente todo.

–Es una historia bastante rara... – Le dice Alberto mientras le devuelve el collar metálico tras haberlo examinado. – Sabes lo que te quiero decir, ¿no?

–Pues, que es raro todo...

–Me refiero a que es difícil de creer. – Le dice Alberto sin rodeos. – ¿Te das cuenta de lo que acabas de contarme?

–Es la verdad... ¿Cómo crees que te mentiría?

–No digo que me estés mintiendo... quizás a ti te han hecho una broma, ya sabes, abundan.

–No. Te aseguro que no fue ninguna broma... te digo que casi me estrangula, mira las marcas en mi cuello. – Insiste Gabriel descubriendo su cuello para que su amigo vea los moretones.

–Ya basta, Gabriel – Le dice Alberto poniéndose de pie. – Es tonto todo esto que me cuentas, ¿cómo no lo ves?

Gabriel enmudece. Lentamente va sintiendo como la decepción se va apoderando de él.

–Escucha, eres simpático y me caes muy bien... Pero debes entender que para poder ser “alguien” y con esto me refiero a tener éxito, ... si quieres tener éxito en la vida debes estudiar, Gabriel. Aléjate de todas esas cosas de tu imaginación y siéntele el peso a la realidad.

Gabriel solo se limita a mirar a su amigo en silencio.

–Mírame a mí... –Continúa diciendo Alberto. – He conocido una chica en la escuela y pues... ya estoy grande para este tipo de cosas. Va a llegar el día en el que tengas que trabajar, Gabriel, en el que debas salir adelante y ese día vas a mirar a tu alrededor y notarás que todos avanzaron... todos excepto tú.

Acto seguido Alberto posa su mano sobre el hombro de Gabriel en señal de apoyo, pero éste baja la mirada. El muchacho entiende que ha ofendido a su amigo, pero siente que lo ha hecho por buenas razones. Sin perder más tiempo coge su bolso y finalmente se aleja dejando a Gabriel acompañado únicamente por el desconsuelo.

Pasa un rato hasta que Gabriel decide marcharse también. Apesadumbrado dirige sus pasos a un ritmo casi fúnebre, y sobre su cabeza, aquel asfixiante cielo gris. Comienza a subir por una elevación de terreno rocosa para cortar camino y llegar al sendero, sin embargo, un feroz gruñido le pone los pelos de punta. Al levantar la

vista lo único que puede distinguir es una enorme sombra que se le viene encima, una criatura mitad hombre y mitad reptil lo derriba y hace que el chico se golpee la nariz contra una roca. El reptiliano levanta al muchacho por sus cabellos y lo suspende en el aire, el dolor es muy intenso y Gabriel da un alarido de terror mientras su boca saborea la sangre que brota de su nariz, luego, la criatura lo avienta contra un montículo de rocas que destroza con su cuerpo. El chico, tumbado en el suelo, hace un esfuerzo por erguir su cabeza y ver de qué se trata todo esto, y es cuando finalmente lo ve. Es uno de los seres reptilianos el que le ha caído encima y tras él puede ver sentado sobre una roca a otro de su misma especie, solo que su mirada, sus ojos amarillos, esa grotesca mueca... todo en él le parece familiar, luego se da cuenta de que se trata de la misma criatura con quien se enfrentó la primera vez en el bosque. De pronto aquel reptiliano que estaba sentado en la roca da un enorme salto y cae parado unos metros más adelante junto a su acompañante. Al verlos juntos el muchacho puede comparar y comprueba de que uno de ellos sí lleva en su cuello un collar metálico y el otro no. Ambas criaturas intercambian palabras en un extraño idioma, tal parece que uno de ellos quiere darle el golpe de gracia a Gabriel y el otro lo detiene. Finalmente, este último camina un par de pasos hacia adelante y observa al muchacho directo a los ojos.

–Dame mi metal... – Le ordena el ser reptiliano con un acento forzado y una voz cavernosa.

El chico, aterrado por el sonido de aquella horrible voz comienza a arrastrarse por el suelo intentando alejarse. Pero es inútil, la criatura se acerca a él y le pisa el pecho con su pie escamoso dificultándole la respiración. Gabriel lo mira con los ojos completamente desorbitados.

–Dame... mi metal... – Insiste el reptiliano.

Gabriel, comprendiendo al instante lo que ocurre y desesperado por salvar su propia vida accede a devolver aquel extraño collar metálico el cual recogió del bosque. Busca en el bolsillo de su pantalón y encuentra el artilugio, su mano también roza la fría superficie de un lápiz que tenía ahí guardado. El chico

deposita el collar en la repugnante mano escamosa de la criatura. Luego de recibir el artilugio el ser reptiliano aplasta con más fuerza su pie contra el pecho de Gabriel, el muchacho apenas y logra respirar, su mirada llena de horror se cruza con la mirada malvada y cruel de esta criatura que parece disfrutar con su agonía. Sintiendo que su corazón está a punto de estallar y con la idea de que ya no tiene nada que perder, Gabriel saca el lápiz de su bolsillo, luego reuniendo toda la fuerza que puede sacar de su desesperación intenta clavar varias veces el lápiz en la escamosa y resistente pie del reptil, pero es inútil...

Súbitamente el reptiliano es golpeado por una fuerza invisible lanzándolo varios metros hacia atrás, se trata de Gha-Kanon quien ha llegado al lugar en ayuda del muchacho. El hombre de aspecto nórdico les ordena en un extraño dialecto a los seres que se marchen, sin embargo, ambas criaturas se miran con inteligencia e intercambian palabras en el mismo lenguaje desconocido. Gha-Kanon comprende que ambos seres al verse en ventaja de dos contra uno darán la pelea, y se ubican en posición de combate. El ser que había sido arrojado a metros de distancia se teletransporta y reaparece justo frente a Gha-Kanon atacándole de manera sorpresiva, pero éste mientras retrocede consigue bloquear cada uno de los golpes con gran habilidad, luego responde con una brutal patada en el pecho de la criatura que le rompe las costillas, el reptil sale disparado varios metros hacia atrás nuevamente cayendo al suelo malherido. La otra criatura se arroja sobre el hombre empujándolo contra una pared rocosa, luego presiona su escamoso brazo contra el cuello de Gha-Kanon con la intención de asfixiarle. Abre sus monstruosas fauces y lanza un feroz rugido en señal de superioridad, pero el hombre logra golpear con un fuerte rodillazo el estómago de la criatura, el reptiliano se desestabiliza producto del dolor y Gha-Kanon aprovecha la oportunidad para agarrar la cabeza del reptil con su mano derecha y comienza a azotarla una y otra vez contra la pared rocosa. La azota de manera salvaje, aun cuando pasado un instante el ser deja de ofrecer resistencia. Finalmente, cuando

la ira le abandona, Gha-Kanon se detiene y deja caer al suelo el cuerpo inerte del reptiliano.

Gabriel, oculto tras unos arbustos, ha sido testigo de toda la acción y no se sorprende cuando el hombre se dirige a él. Ya es segunda vez que salva su vida.

–Acompáñame. No te haré daño. – Le dice Gha-Kanon de forma sincera.

–¿Qué es todo esto? – Pregunta Gabriel asustado. – Debo... debo regresar a casa.

–Bien, pero antes debo curar la herida en tu nariz. – Indica Gha-Kanon extendiéndole su mano. – No temas.

El chico extiende su mano con desconfianza y apenas roza la de Gha-Kanon, éste lo suspende en el aire y ambos se elevan a gran velocidad perdiéndose entre las grises nubes que cubren el cielo.

Bajo un abandonado bosque de sauces que se ubica al sur de aquel pueblo, se encuentra un milenario templo subterráneo que por siglos ha permanecido oculto al conocimiento del ser humano. Este templo fue construido por la malvada raza reptiliana durante sus primeros años en nuestro planeta y desde entonces no ha permanecido deshabitado ni un solo día, los seres han ido y regresado todo este tiempo hasta que ahora, por fin, les ha sido dada la orden de rebelarse y arrasar con nuestro planeta, es por ello que uno de sus líderes máximos llamado Rasharont espera con impaciencia sentado en uno de sus tronos la llegada de dos de sus emisarios Dos criaturas reptilianas se materializan frente a él presentándole una reverencia.

–Rasharont, he aquí que te traemos una mala noticia. – Dice uno de los seres con una cavernosa voz.

–Hablen. – Responde Rasharont con una voz aún más grave y con ciertos matices metálicos.

–La raza antigua se encuentra nuevamente en la tierra... tal parece que quieren ayudar al ser humano y evitar que nuestros planes prosperen.

–He visto a Gha-Kanon con mis propios ojos. – Dice el otro ser. – Si él se encuentra aquí, entonces es un hecho que su ejército también está aquí. Una batalla es... inminente.

Rasharont se levanta de su trono poniéndose de pie. Su estatura sobrepasa los dos metros y una capa color violeta cae por su espalda acentuando la imponente masa muscular de sus brazos y pectorales. Las facciones reptilianas de su rostro se hacen más siniestras con las sombras que proyectan las antorchas que hay a cada lado de su trono iluminando la habitación con un extraño fuego verde.

–Si Gha-Kanon se encuentra aquí... – Dice Rasharont. – Entonces cierto es, la batalla es inminente. Necesito a alguien que me secunde y sea capaz de dirigir las tropas necesarias que nos lleven a la victoria. Solo uno de ustedes dos puede tener ese privilegio.

Ambas criaturas guardan silencio por unos segundos, hasta que uno de ellos, el más cruel y astuto, golpea al otro de forma brutal en la nuca arrojándolo al suelo. El que queda en pie camina alrededor del caído lentamente y desde una vasija dorada que se encuentra junto a ellos coge una daga con un símbolo reptiliano en su empuñadura, se sienta sobre el pecho del abatido y apoyando sus rodillas sobre las manos de este último para inmovilizarlo comienza a cortar su garganta con el filo de la daga a un ritmo cruel y frenético. La criatura desde el suelo intenta liberarse con desesperación, pero es inútil, pues sus extremidades no responden, luego con un ensordecedor grito de odio y espanto su cabeza es separada finalmente de su cuerpo dando paso al brote de una repugnante sangre negra. Luego de eso la criatura que ha salido victoriosa se pone de pie y alza con su mano izquierda la cabeza de quien hasta hace poco había sido su camarada en señal de crueldad, valor, y ferocidad. Rasharont sonrío en señal de aprobación.

En una oscura bóveda subterránea escondida bajo unas antiquísimas cavernas situadas en el lado oeste del pueblo, una fogata color púrpura ilumina unas paredes trabajadas con cuarzo y otros materiales procedentes de una vasta región del cosmos. En este lugar se encuentra Gabriel sentado junto a un increíble fuego color púrpura, frente a él está Gha-Kanon.

–Has sido valiente. Tu nariz sanará muy pronto, no te preocupes. – Le dice el hombre de aspecto nórdico.

–Gracias... – Responde el chico palpándose el tabique nasal. – Necesito que me cuentes qué está pasando. Algo está ocurriendo en el pueblo y sé que tú no eres malvado ni vas a hacerme daño, pero necesito saber... quiero saber quiénes fueron los que me atacaron, quienes son los que me salvaron... y qué están haciendo aquí.

–La humanidad vive sumergida en tiempos mediocres. – Comienza a decir Gha-Kanon. – No hay entendimiento para las cosas increíbles, pero tú, Gabriel, has sido testigo de muchas cosas increíbles en estas últimas horas. Estoy seguro que tu mente va a poder asociar lo que pasaré a contarte. Hace miles de millones de años llegamos a este planeta en busca de recursos y minerales para nuestra raza. Como la tierra estaba deshabitada decidimos, en base a un experimento, crear al hombre. Nuestra tecnología así lo permitió y el plan inicial siempre fue utilizar al ser humano como mano de obra en nuestra recolección de flora y fauna. Nos presentamos ante ustedes como dioses y así ustedes nos servían y adoraban. Sus ancestros nos llamaban “Los que caminan en el cielo”. Al cabo del tiempo nos dimos cuenta de que ustedes podían alcanzar el desarrollo de forma independiente. Tenían la capacidad de crear, inventar y soñar cosas de acuerdo a sus propias emociones. Fue ahí en dónde a través de un consejo de líderes de nuestra raza, optamos por marcharnos y dejar que ustedes construyeran su propio destino en este planeta, dejándolos en libertad.

Gabriel, boquiabierto, observa fascinado a Gha-Kanon mientras éste hace una pausa para esparcir un singular polvo grisáceo en la fogata, haciendo que el color de las llamas pase de púrpura a color verde.

–Lamentablemente. – Continúa relatando Gha-Kanon. – Ojos envidiosos observaban su libertad y su patrimonio heredado, el planeta tierra. Los reptilianos... ellos desaprobaron la idea de dejar a la raza humana libre, y decididos a esclavizarlos, muchos de ellos se ocultaron en este planeta una vez que nosotros nos fuimos. Se dispersaron por el mundo haciendo creer a las primeras civilizaciones que eran los verdaderos dioses, creadores del cielo y la tierra, del sol y las estrellas. Dotados con su capacidad para cambiar de forma pasando de su repugnante piel escamosa a la de un ser humano normal, fueron considerados seres divinos. Siempre estuvieron junto a monarcas y reyes de las antiguas civilizaciones, tal como los egipcios lo describieron en sus dibujos:



En la zona llamada México se habla de la serpiente voladora Quetzalcoatl la cual dio origen a la tierra, en Grecia la serpiente creadora de la vida llamada Ouroboros, en el oriente es nombrada Hen to pan, y acá, Gabriel... ustedes tienen a las serpientes Kai-Kai y Tren-Tren que fueron quienes dieron origen al mundo. ¿Te das cuenta? Distintas civilizaciones milenarias cuentan cómo los reptiles descendieron de arriba, del cielo... y crearon al ser humano.

–Pero... ¿cómo es que nos han esclavizado y seguido todo este tiempo? –
Pregunta el chico aun aturdido por toda la información.

–La luna de este planeta... no es más que un mirador artificial, Gabriel. – Contesta Gha-Kanon. – Fue puesta ahí por los reptilianos con el fin de observar cada paso que ustedes dan fuera de este mundo. Como ya te he dicho, con su capacidad de

cambiar de apariencia diseñaron un plan siniestro para mantenerles sumidos a ustedes en una máquina de la cual solo pueden liberarse cuando mueren. Todo fue creado para mantener al ser humano distraído, haciéndole creer que esta es la única realidad que existe para ustedes: Nacer para trabajar, y luego morir.

Gha-Kanon se pone de pie mientras Gabriel intenta digerir como puede toda la maquiavélica conspiración que se le ha revelado.

–No es todo... – Continúa narrando. – Lo que te diré a continuación es aún más difícil de concebir, pero lo harás. Existe una montaña en las afueras de este pueblo, ... bajo la cual se encuentra una abominable bestia gigante creada por la tecnología reptiliana. Ha estado ahí dormida, esperando hasta el momento en que nosotros volviéramos a la tierra para ayudar al hombre, y ese momento ha llegado, Gabriel...el velo de oscuridad y de mentiras está a punto de ser descubierto... con terribles consecuencias.

–¿Eso quiere decir que será el fin del mundo? – Pregunta el muchacho visiblemente asustado.

–No si podemos evitarlo. Ahora que ya conoces la verdad... te necesitamos. – Le dice Gha-Kanon a Gabriel poniéndose de rodillas para quedar a su misma altura. – En nuestras visiones tu juegas un rol fundamental.

–¿Yo?... yo... no puedo... – Dice Gabriel a punto de llorar a causa del miedo. – Todo esto que me has contado me aterra. Yo no soy especial... no puedo ayudarles... soy torpe... en la escuela se burlan de mí, y yo no hago nada... no me defiendo... ¡me odio!

Lentamente las lágrimas caen de sus ojos y ruedan por sus mejillas

En ese momento, la misteriosa mujer que anteriormente apareció junto a Gha-Kanon en el bosque entra ahora a la habitación, su nombre es An’Ra. Con pasos firmes y decididos se acerca al muchacho, también se arrodilla a su lado.

–Gabriel ¿Quieres saber cuáles son las visiones que tenemos de tu futuro? – Le pregunta An’Ra mirándole directo a los ojos. – Tú serás el libertador de todas las

naciones de este planeta, traerás la luz de regreso al ser humano y los llevarás a una nueva era de libertad. Las generaciones futuras hablarán de ti, los niños cantarán tu nombre... y tu nombre, será sinónimo de valentía hasta en los lugares más recónditos del universo.

El chico no puede más y rompe en un llanto, se abraza fuertemente a An’Ra quien le rodea con sus brazos con afecto y cariño.

–Está bien sentir miedo, Gabriel... está muy bien sentir miedo. – Le dice An’Ra de forma casi maternal. – Nadie aprende a ser valiente si no existen peligros a nuestro alrededor.

Es de noche en la pequeña ciudad y una tibia brisa nocturna mece los arbustos y las copas de los árboles más altos. Gabriel se encuentra de regreso en casa, con desconfianza observa ahora a la luna junto a su abuelo en el patio.

–Esta noche se ve más amenazadora que otras veces, ¿no? – Le pregunta el abuelo al muchacho refiriéndose a la luna.

–Creo que nunca la volveré a ver con los mismos ojos de antes... – Contesta Gabriel observándola fijamente. – Mi vida ya no volverá a ser la misma, nunca jamás.

–Ellos te han elegido, Gabriel. Por favor, preséntame a uno de ellos, quizás me reconozcan.

–¿A ti, abuelo? ¿Por qué lo dices?

–Una vez ayudé a uno de ellos. Cuando yo era niño me encontré con un hombre muy alto con una larga cabellera blanca, se encontraba moribundo en el suelo escupiendo sangre. Me miró y de su boca salió tan solo una palabra: “Agua”. Por supuesto yo corrí a casa a buscar un jarro del vital líquido y regresé lo más rápido que pude. Luego de haber bebido comenzó a sentirse mucho mejor, en sus ojos solo había gratitud, es raro, pero pude percibir inmediatamente gratitud. Supe al instante de que se trataba de alguien ajeno a este planeta, ningún humano puede

ser TAN humano ¿sabes? De pronto se puso de pie y mis ojos de niño creyeron estar viendo a un gigante. Casi tenía la altura de los mismos árboles. Me miró hacia abajo con una sonrisa agradecida y luego... se fue volando.

–¿Volando? – Pregunta el chico.

–Sí. Creo que ha sido una de las experiencias más hermosas que he tenido en mi vida. Toda esa tarde lloré. Tu bisabuela me preguntaba si me había ocurrido algo malo, pero yo le dije que no, que todo lo contrario... que me había sucedido algo hermoso. Sin embargo, jamás le conté lo que me pasó.

–Abuelo... si ese hombre estaba casi moribundo es porque algo le había atacado ¿no?, ¿Crees que haya sido...

–Los reptilianos... – Se apresura en contestar el anciano. – Es sabido que ellos devoran, niños, mujeres y hombres, tal como si fuera carne de ganado.

Un escalofrío recorre la espalda de Gabriel al recordar las circunstancias de su primer encuentro con una de esas repugnantes criaturas, fue en el bosque, y uno de ellos devoraba el cadáver de una anciana.

Mientras tanto en otro lugar, Alberto, quien hasta hace muy poco había sido uno de los mejores amigos de Gabriel, se encuentra en casa acompañado de su hermano mayor. Sus padres han salido de compras al minimercado así que ambos jóvenes se encuentran solos en casa viendo TV en la sala.

–¿Conoces la historia de la viuda negra, Alberto? – Le pregunta Francisco, su hermano mayor.

–Esas historias funcionaban cuando yo tenía cinco años. Ya estoy más grande por si no te has dado cuenta. – Contesta Alberto sin despegar los ojos de la TV.

–No quiero asustarte, hermanito... pero es una historia que escuché por ahí el día de ayer. Fíjate que en este pueblo existió una vez una mujer que estando muy enamorada se iba a casar con un joven marino a quien tenía como prometido. Sin

embargo, éste tenía que realizar un último viaje antes de poder regresar y casarse con ella... el marino se fue y jamás regresó. Las malas lenguas dicen que el marino se fue con otra mujer que lo esperaba en algún lugar del mundo, otros dicen que naufragó en medio de una terrible tempestad. Su prometida, la mujer que se quedó aquí esperándolo se hizo vieja y jamás abandonó la ilusión de que él apareciera, pasaron los años y dicen que finalmente murió de pena...

–Y déjame adivinar... – Le interrumpe Alberto aburrido. – El fantasma de la mujer vaga por el cementerio llamando el nombre de su amado, ¿no?

–Casi. Es la aparición de una anciana en luto, vestida completamente de negro y no se aparece tan solo en el cementerio... sino también en las calles del pueblo a altas horas de la madrugada llorando el nombre de su amado.

–Hmm... más que miedo da tristeza. – Comenta Alberto. Luego deliberadamente cambia de tema. – Oye, acuérdate de amarrar a Roko, ya es tarde.

–Estúpido perro. – Dice Francisco quejándose mientras se levanta del sillón y su figura se pierde en la oscuridad del pasillo de la casa que conduce al patio trasero. Mientras Alberto mira la TV, de pronto, escucha que el animal comienza a ladrar con desesperación desde el patio, y antes de que un seco golpe lo calle, escucha que Francisco le llama gritando su nombre. Alberto ya ha caído anteriormente en las bromas de su hermano así que esta vez solo sonrío y no piensa moverse del sillón.

Pasan alrededor de cinco a seis minutos y Francisco no vuelve a entrar a la casa.

–¡Oye deja de jugar y amarra a Roko de una buena vez! – Le grita Alberto desde el sillón.

Finalmente, Alberto se pone de pie y se dirige al patio para ver qué es lo que sucede.

–Créeme que me estaré burlando durante un año entero si planeas asustarme vestido como la viuda de negro... – Dice Alberto asomándose al patio por la puerta

de la cocina con cautela. Sin embargo, el chico no ve a su hermano, ni siquiera Roko se encuentra en su casita de madera.

En aquel momento, Alberto logra ver con el rabillo del ojo la sombra de una figura humanoide parada sobre lo alto de un muro recortando el fondo estrellado de la noche. El muchacho puede ver con claridad que alguien... o algo está parado ahí y que sea lo que fuere también le está observando de vuelta. Por la enorme estatura de aquella silueta se da cuenta al instante de que no es su hermano mayor, así que corre y se esconde en un rincón oculto del patio. Aterrado permanece inmóvil por unos segundos hasta que una pálida y blanca superficie se mueve a su izquierda, Alberto mira y puede ver que se trata de Francisco, quien se encuentra desnudo y agachado bajo la luz de la luna, su boca está completamente manchada de sangre.

–Francisco... ¿qué... qué te pasó? – Pregunta Alberto asustado apenas con un hilo de voz.

Francisco sonrío y levanta su mano izquierda para enseñarle a Alberto una cabeza humana cercenada que corresponde a la suya propia. El chico no logra asimilar nada de lo que está ocurriendo y antes de que el horror alcance el punto máximo en su mente, la figura desnuda de Francisco comienza a cambiar de forma. Los poros de su piel se vuelven escamas y su rostro se convierte en el de un siniestro ser reptiliano que aumenta de estatura hasta llegar a los dos metros. Ahora sí el cuadro está completo, el ser reptiliano tiene oculto bajo sus pies el cuerpo de Francisco y había copiado su imagen mientras le decapitaba. Alberto da un desgarrador alarido de terror, sin embargo, la criatura golpea con fuerza su pecho atravesándolo por completo y el escamoso brazo sale por su espalda. Antes de morir alcanza a contemplar con horror los ojos de maldad en el rostro del grotesco reptiliano.

Al día siguiente Gabriel asiste normalmente a clases, ya que por la tarde tiene planeado reunirse con Gha-Kanon en el sector más aislado y oculto de la playa para darle a conocer todos los temores que le hacen dudar en formar parte de un enfrentamiento que siente es ajeno a él. Tiene decidido también hablar con Alberto una vez más y convencerle para que le crea, de hecho, desea ir con él a su cita con Gha-Kanon, sin embargo, Alberto no aparece por la escuela cosa rara para Gabriel ya que su amigo no suele faltar a clases y mucho menos cuando toca clase de música, la materia preferida de Alberto.

Terminada la jornada escolar, Gabriel se dirige hacia aquel sector inhóspito de la playa para su encuentro con Gha-Kanon. El chico al verse completamente a solas en aquel lugar se sienta sobre una roca y clava su vista en el horizonte del mar. No pasa mucho rato hasta que a sus espaldas y desde las alturas aterriza suavemente su amigo.

–Hola. – Le saluda Gabriel girándose y poniéndose de pie. – Aquí estoy, tal como te dije.

–Perfecto. –Responde Gha-Kanon. – No disponemos de mucho tiempo así que tu preparación constará de tres pasos básicos. Primero has de beber del cáliz púrpura para...

–Espera... – Le interrumpe el muchacho con cierta inseguridad. – Temo que no estoy convencido de esto aun... es decir, las visiones... ¿están seguros de que soy yo? ¿Y por qué debo ser yo?

–Eres tú, Gabriel. La pregunta que realmente importa es si... quieres ser tú.

–Lo lamento, pero debo compartir esto con alguien más. Nadie me cree, solo mi abuelo... él quiere conocerte Gha-Kanon.

–¿Tu abuelo? – Pregunta el hombre confundido.

–Sí. Él sabe de su existencia, la de ustedes y la de los reptilianos. –Responde el chico. – De hecho, una vez él ayudó a uno de los tuyos cuando era un niño y lo

recuerda hasta el día de hoy como algo hermoso. También tengo este amigo, quizás mi único amigo al cual quiero presentarte...

–No lo sé. Es innecesario y hasta arriesgado. – Contesta Gha-Kanon dubitativo.

–Solo son esas dos personas... los conozco muy bien y te doy mi palabra de que no pasará a mayores.

Finalmente, el hombre accede y acompaña a Gabriel hasta la casa de Alberto la cual se encuentra junto a una solitaria y tranquila pradera verde lejos de los barrios residenciales. Gha-Kanon espera al muchacho oculto en lo alto de un árbol que hay frente a la casa, mientras este llama a su amigo a viva voz desde la verja, pero no hay respuesta desde el interior. Tras unos minutos Gabriel nota que el cerco se encuentra sin llave, y sin verlo como un exceso de confianza, este decide traspasar y acercarse hasta la puerta principal de la casa. Apenas y su mano roza la superficie de madera de la puerta ésta cede y se abre lentamente hacia atrás invitando al chico a seguir adelante, mientras tanto en lo alto del árbol Gha-Kanon aguarda con rostro impassible. Pasan unos cuantos minutos de silencio e incertidumbre hasta que de pronto Gabriel sale corriendo desesperadamente de la casa, como si huyera de algo, Gha-Kanon desciende del árbol y lo recibe para tranquilizarle.

–¿Qué sucede? ¿Qué hay adentro?

–Hay cadáveres... oh por dios... ¡es Alberto! Está muerto junto a su familia... ¡esto no puede ser! – Exclama el muchacho casi al borde del colapso.

Gha-Kanon observa hacia la casa por unos segundos y luego su mirada se vuelve a depositar en Gabriel.

–Iré a ver con mis propios ojos. Espérame aquí, no tardaré...

Dicho esto, el hombre atraviesa la cerca y luego finalmente entra en la casa. Gabriel mientras tanto se queda afuera, temblando, sin poder controlar el movimiento de su cuerpo. Observa para todos lados y lo único que puede advertir

es la ausencia de paisaje que hay alrededor. Luego, tras un breve momento, Gha-Kanon sale de la casa y se acerca nuevamente al muchacho.

–Gabriel, quiero que me escuches bien. – Le dice Gha-Kanon con palabras claras.
– Han sido los reptilianos. No sé cómo habrán llegado hasta aquí o si ha sido fruto de una desgraciada y terrible casualidad, pero han asesinado a tu amigo y a su familia...

El chico respira hondo para intentar calmarse, pero es difícil pues ya ha entrado en shock.

–Llévame con tu familia ahora mismo, Gabriel.

El muchacho mira a Gha-Kanon con horror producto del trasfondo que lleva esa frase. No desea siquiera imaginar que su familia puede estar en peligro, la sola idea le aterra.

Una vez en la entrada de su casa Gabriel mete la llave en la cerradura, y al hacerlo, su corazón se comprime casi de forma automática al sentir que algo no anda bien. Sin embargo, sigue adelante y abre la puerta lentamente. Avanza unos pasos en estado de alerta en medio del más sepulcral de los silencios, al cabo de unos segundos cierra la puerta tras de sí. Camina unos pasos en dirección a la sala y ya puede sentir el olor de la desgracia en el aire, se asoma y se detiene justo bajo el arco de aquel umbral, allí puede ver el suelo y las paredes decorados con el rojo de la sangre, una verdadera carnicería ha ocurrido allí mientras él se encontraba en la escuela. Puede ver la silla de ruedas de su abuelo volcada en un rincón y los cuerpos totalmente descuartizados repartidos en el suelo. Pedazos de piel y carne esparcidos en toda la sala, y como alfombra, el terrible rojo de la sangre aun tibia.

Todo ha terminado para Gabriel. Las paredes parecen bailar a su alrededor mientras él cae de rodillas abatido y desconsolado cubriéndose el rostro con ambas manos. Desea morir con todas sus fuerzas. A sus espaldas de pronto se materializa la figura de Gha-Kanon quien apoya la palma de su mano en el hombro del muchacho. Un leve crujir se oye bajo la mesa de la sala, pasan unos

segundos hasta que la pequeña Camila, asustada, asoma su cabeza bañada en sangre. Se había escondido ahí mientras el reptiliano acababa con su madre y con el abuelo. La pequeña niña sale corriendo de su escondite y se arroja a los brazos de su hermano.

–¡Camila! ¡Gracias a Dios! – Exclama Gabriel al borde del llanto mientras la abraza con todas sus fuerzas. – ¡Buena niña! ¡Siempre tan lista!

Camila no dice ni una sola palabra, tan solo llora asustada producto del terror vivido momentos antes y no desea despegarse de su hermano mayor nunca más.

El rojo atardecer se deja caer suave y lentamente sobre los habitantes de aquel pueblo. Gha-Kanon, An’Ra, la pequeña Camila y Gabriel se encuentran de pie en lo alto de un solitario y abandonado roquerío de la playa. El muchacho, aun devastado por los trágicos acontecimientos, observa con detención la puesta de sol en el horizonte. Comienza a entender su propósito, comienza a entender el designio, comienza a entender la responsabilidad que tiene ahora de proteger a su hermana pequeña

–Ya he llorado todo lo que debía... – Dice de pronto Gabriel. – No hay marcha atrás. Deseo beber del cáliz púrpura.

–No será nada lindo, Gabriel... – Le advierte An’Ra – Será una batalla dura.

–Más vale que sea una batalla dura... – Responde el muchacho intentando apaciguar la ira. – Que sea cruel y sangrienta, o sino la muerte de mis seres queridos será en vano.

An’Ra saca de entre sus ropas un extraño y diminuto cáliz color púrpura el cual está herméticamente cerrado. Lo destapa y estira su mano para ofrecérselo a Gabriel.

–Debes beber todo de un solo trago.

Gabriel recibe la copa y siente como el metal frío casi quema su piel a causa de la baja temperatura, el acero parece estar congelado. El muchacho lentamente acerca el cáliz a sus labios, pero su pequeña hermana se encuentra nerviosa y lo mira asustada.

–Tranquila, hermanita... – Le responde Gabriel con voz suave. – Todo saldrá bien.

El chico finalmente bebe de un solo trago todo el contenido de la copa y siente cómo la fría sustancia líquida recorre su garganta y se distribuye luego por todo su cuerpo. La temperatura bajo cero le provoca un potente dolor en su pecho.

–¿Te encuentras bien? – Pregunta Gha-Kanon al observar que Gabriel ha cerrado sus ojos.

–Sí. Es solo que está muy frío... pero ya estoy bien.

–Te sorprenderás de las habilidades que ahora has adquirido gracias al cáliz púrpura. – Le dice An’Ra mientras recibe de vuelta la copa ya vacía. – Yo te ayudaré a desarrollarlas de manera rápida y efectiva.

Gabriel y su pequeña hermana se encuentran ahora bajo la protección y el cuidado de Gha-Kanon y los demás miembros de su raza, en el templo subterráneo han dispuesto de una cámara adecuada para la comodidad y el descanso de ambos. Es así como al día siguiente, apenas los primeros rayos de sol asoman en el cielo, An’Ra se lleva a Gabriel a un desolado y apartado bosque para comenzar su preparación. Poco a poco el muchacho va desarrollando unas habilidades físicas sorprendentes, saltos enormes con los que puede abarcar grandes distancias y una aguda rapidez mental son las primeras hazañas que logra realizar. En poco tiempo An’Ra le revela la extraordinaria técnica de vuelo mediante la cual Gabriel es capaz de quedar suspendido en el aire por pocos segundos en los primeros intentos, pero luego, conforme el susto va pasando, logra controlar de muy buena forma la suspensión aérea y con ello la capacidad de desplazarse en las alturas.

La batalla no se libraría como lo suelen hacer los seres humanos, en base a armas de fuego, le explica An’Ra a Gabriel. Las municiones de poco alcance en general tienen un nulo efecto sobre los cuerpos de ambas razas alienígenas. Las armas apocalípticas tendrían un efecto devastador en el planeta, pero es del interés de ambos bandos proteger la tierra para heredarla. Es por eso que el combate será cuerpo a cuerpo tal cual ha sido la constante entre ellos desde hace siglos. De hecho, las distintas disciplinas de artes marciales conocidas por el ser humano son conocimiento heredado por esta raza desde tiempos remotos.

Gabriel tiene una desventaja en ese aspecto, pero lo básico le ha sido instruido. En medio de la tercera lección de combate del día un hombre se materializa en medio de An’Ra y Gabriel, se trata de otro miembro de aquella raza llamado K’r-Ther.

–¿Qué ocurre? – Pregunta An’Ra deteniendo por un instante las lecciones.

–Ha llegado el momento. Hordas de reptilianos han ascendido por las aguas de la costa...se dirigen hacia la montaña que besa las estrellas – Le informa K’r-Ther. – Han asesinado a muchos seres humanos en su trayecto y se han llevado a otros como rehenes para ofrecerlos al dragón gigante, tal parece que lo liberarán en las próximas horas. Hay pánico en el pueblo y Gha-Kanon desea desplegar el ataque ahora mismo antes de que sea demasiado tarde.

An’Ra y Gabriel se miran, el especial lazo de amistad que les ha unido en estos días se hace mucho más fuerte ahora que ambos saben que el momento decisivo ha llegado.

Mientras todo esto acontece, el caos comienza a cundir entre la gente del pueblo al propagarse el rumor de una invasión extraterrestre. Algunos aseguraron ver en las afueras del pueblo una formación militar compuesta por hombres de piel verde los cuales se asemejaban a los lagartos marchando en dirección a una de las montañas más altas hacia el oeste de la pequeña ciudad, conocida como la “montaña del sol”. En la escuela los alumnos no tardan en sentir curiosidad por el

tema. Los chicos más problemáticos (aquellos que se las arreglaban para burlarse de Gabriel) sienten una morbosa fascinación por lo que acontece.

–¿Ya se han enterado? – Pregunta Claudia, la muchacha que engañó a Gabriel en la playa con el asunto del beso. – Mucha gente dice haber visto un regimiento de lagartos marchando por las afueras del pueblo...

–Sí. – Responde uno de los alumnos asustado. – Marcos, el dueño de la licorería dijo que han tomado a personas como rehenes.

–Yo me he enterado de que la policía fue a restringir el área. Decretarán un toque de queda y no dejarán que la gente vaya a mirar. – Comenta otra chica que estaba en el grupo.

–¡Qué tontería! – Exclama Roberto, uno de los alumnos más conflictivos de la escuela. – No es más que una broma estúpida para la televisión. Ya saben, como esas bromas japonesas.

–Hay gente que está empezando a huir en sus automóviles, ¿cómo puede ser eso una broma?

–Es una broma, y esa gente que huye aun no lo sabe... como en el radioteatro de “La guerra de los mundos” – Contesta Roberto. – Vamos a ver de qué se trata ¿bien?

Sin embargo, como respuesta obtiene un rotundo silencio.

–Vaya... me rodean las gallinas. – Dice Roberto en tono arrogante. – Es por ello que jamás saldrán de este pueblucho, porque viene gente reírse de ustedes y no son capaces de darse cuenta, ¿qué clase de perdedores son?

–De los listos. – Le contesta uno de los chicos alejándose.

–Eso, ve a llorar a tu casa. – Le responde Roberto al ver que se aleja. – ¿Y ustedes? ¿Quieren darse cuenta que esto no es más que un engaño? A mí no me vienen con cosas.

Diciendo esto, Roberto emprende el rumbo solo hacia el lugar de los hechos y al cabo de unos segundos es seguido por el resto de sus compañeros

Mientras tanto, Gabriel se presenta ante Gha-Kanon, quien se encuentra en el interior del templo subterráneo terminando de darle instrucciones a otros seres de su raza.

–Estoy listo. – Dice Gabriel sacando valor desde sus entrañas. – An’Ra me ha preparado de buena forma.

–Tu tiempo se ha cumplido. – Responde el hombre caminando hacia una especie de baúl blanco. Abre su tapa y del interior saca un traje aparentemente de cuero negro recubierto con placas de un acero desconocido. Gha-Kanon se lo ofrece a Gabriel quien lo recibe aun sin comprender. – Este traje te protegerá por tu condición humana. Es una armadura muy resistente. No serás invulnerable, pero te hará igual de resistente que nosotros.

Gabriel, en silencio, examina el traje aun intentando despejar las dudas de su cabeza.

–Eres muy importante para todos... ya lo verás. No tengas miedo. – Le dice Gha-Kanon.

–Quiero hablar con Camila. – Responde el muchacho.

Gabriel con la armadura ya puesta sobre él, es conducido hacia su pequeña hermana quien permanece oculta y a salvo en una recámara acondicionada para ella. El chico entra y se acerca a Camila.

–Hola, hermanita. – Le saluda Gabriel bajo ese estilizado casco negro que cubre su cabeza dejando visible sólo su boca. ¿Cómo te sientes?... sé que no he tenido mucho tiempo para charlar contigo, pero debo hacer algo en este instante y una vez que haya terminado... tendré todo el tiempo del mundo para dedicarme solo a ti.

–¿Te pelearás con alguien? – Pregunta la niña abrazando su muñeca.

–Sí. Así es, hermanita.

–Pero vas a perder. Tú nunca has peleado...

–Lo sé. – Responde Gabriel sonriendo. – Es por eso que llevo este casco ¿ves? Para que no me den tan duro.

–No quiero que vayas... – Le dice Camila acurrucándose en su pecho. – Quédate conmigo.

–No puedo, hermanita. Debo defenderte... tengo que ir y pelear. Te prometo que me verás regresar y nos iremos de viaje. ¿Bueno?

Camila asiente con una dulce sonrisa.

Gabriel sale al exterior del templo. Los demás seres extraterrestres se encuentran ya listos y algunos emprenden vuelo hacia la montaña. Junto al muchacho se para An’Ra quien alista su capa color verde, luego observa a Gabriel y le hace un tranquilizador gesto de “todo bien” con su pulgar hacia arriba. Finalmente se eleva por los aires y se dirige al lugar de la batalla. El muchacho se agacha y apoya su rodilla izquierda contra el suelo, respira profundamente y tras unos segundos de concentración salta elevándose por encima de los árboles logrando quedar suspendido en el cielo. Sin perder más tiempo sigue a An’Ra hacia la misma dirección. La sensación que experimenta Gabriel es simplemente gloriosa. La tierra está a sus pies y puede ver abajo como van pasando las copas de los árboles, cerros diminutos, ríos y también pequeños grupos de gente que ven asombrados pasar al ejército volador por sobre ellos. De pronto el muchacho ve más adelante un numeroso ejército de seres reptilianos que rodea la montaña del sol. Marchan en perfecta sincronía y llevan a algunas personas como rehenes, sin embargo, a muy poca distancia antes de llegar a ellos puede ver a un grupo de chicos acercándose al lugar. Reconoce al instante a sus compañeros de escuela, Gabriel decide advertirles del peligro.

El muchacho desciende suavemente tras ellos sin hacer mayor ruido.

–Hola. – Saluda Gabriel un tanto nervioso. – Es mejor que no sigan acercándose.

–¿Gabriel? –Pregunta una de las muchachas dándose vuelta. –¿Eres tú? ¿Qué haces con ese estúpido disfraz?

–Es una armadura... pero no importa ahora. Sólo háganme caso y vuelvan al pueblo.

–¿Una armadura? – Pregunta incrédulo otro de los chicos. – ¿Acaso pretendes ir a pelearte con los extraterrestres?

–No tengo tiempo para explicar... por favor, regresen al pueblo.

Los alumnos se miran confundidos por un instante hasta que finalmente acceden a la petición de Gabriel y comienzan a regresar, pero Roberto, quien estaba en el grupo, sale al paso y los detiene.

–¡Qué nadie se mueva! –Ordena Roberto con voz autoritaria. – ¿Qué no ven que pretende hacerse el interesante? Pretende saber más que nosotros y en verdad no tiene idea de nada...

–Roberto... no hay tiempo para esta tontería... –Responde Gabriel.

–No. A mí no me vienes a decir que hacer... – Dice Roberto acercándose a Gabriel a paso lento. – Te conozco y sé que eres un perdedor, apenas sabes sumar. No finjas saber más que nosotros porque conocemos tus calificaciones y escúchame bien... acepta este consejo: Si quieres algún día ser algo en la vida ¡Ponte a estudiar!

Gabriel, en silencio, levanta su mano izquierda y la apoya suavemente en el hombro derecho de Roberto.

–Tienes razón, Roberto. Sigue sacando buenas calificaciones. Eso te va a ser de gran ayuda en este mundo...

Terminando aquella oración Gabriel se eleva por los aires provocando una fuerte onda expansiva que expulsa a Roberto varios metros atrás arrojándolo a unos arbustos. Ninguno de los muchachos presentes, incluido el adolorido Roberto,

puede dar crédito a sus ojos al ver que Gabriel se aleja volando por el cielo a toda velocidad.

Los guerreros extraterrestres se encuentran suspendidos en el aire observando a la armada reptiliana ya desplegada en las faldas de la imponente montaña.

–Escúchenme. – Le dice Gha-Kanon a sus súbditos. – Todos sabemos lo crueles que son los reptilianos, por lo tanto, es necesario que nosotros demos el primer golpe. La prioridad es liberar a los rehenes, y luego evitar la ascensión del gran dragón.

Desde abajo los malvados seres miran con toda calma al ejercito suspendido sobre ellos a unos dos o tres kilómetros de distancia. A su vez, desde el aire Gha-Kanon observa en muda reflexión a cada uno de los reptilianos que se encuentra en tierra. Gabriel llega finalmente dónde está el grupo.

–¡Ataquen! – Grita de pronto Gha-Kanon en un grito de guerra que estremece al muchacho.

Los demás obedecen. An’Ra lidera un escuadrón de treinta hombres que descienden a toda velocidad hacia una colisión inminente contra los reptilianos, sin embargo, estos últimos no se mueven, tan solo esperan sin siquiera inmutarse.

–¡Ahora! –Vuelve a ordenar Gha-Kanon, y otro grupo se lanza al ataque en dirección a quienes tienen como rehenes a algunos humanos.

Los reptilianos siguen aguardando pacientemente hasta que el primer grupo de guerreros está muy cerca de ellos. De pronto, de sus espaldas despliegan sorpresivamente unas lanzas puntiagudas y luego las arrojan con todas sus fuerzas hacia los hombres atravesando a muchos de ellos e hiriendo mortalmente a otros. Una de esas lanzas atraviesa el hombro izquierdo de An’Ra, la mentora de Gabriel.

–¡An’Ra! – Grita el muchacho desde las alturas.

Acto seguido Gabriel desciende a la batalla con la intención de ayudar a su amiga. Una vez en tierra, el muchacho la pierde de vista, y asustado, se oculta tras una

roca al no saber qué hacer en medio de la confusión. Muchos reptilianos se arrojan sobre los hombres malheridos por las lanzas y los rematan ya sea decapitándolos o arrancándoles sus extremidades al comprobar que muchos no pueden ni siquiera moverse. Los que cayeron de pie ofrecen resistencia peleando duramente, pero de pronto el número de reptilianos parece multiplicarse, son mayores en cantidad y en muy poco tiempo son sobrepasados. Solo An’Ra gracias a su habilidad de combate puede sortear milagrosamente el ataque de tres reptilianos que intentan acorralarlo sin éxito.

Gabriel mira hacia arriba para ver en qué está pensando Gha-Kanon, pero grande es su sorpresa al ver que los cielos están vacíos, todos han descendido a luchar. De hecho, a cierta distancia logra reconocer a Gha-Kanon ayudando a un guerrero que pelea de forma solitaria contra dos reptilianos.

Nada resulta como lo planeado.

Gabriel se levanta temblando y sale de su escondite para ir en ayuda de los otros. Sin embargo, un horrendo reptiliano se arroja con la velocidad de un rayo sobre su espalda impactándolo con violencia, la fuerza es tal que sale despedido varios metros hasta chocar con un árbol casi partiéndolo en dos. Gabriel solo siente un leve dolor gracias a la armadura (que de no ser por ella ya estaría muerto) y rápidamente se pone de pie para contraatacar, pero el reptiliano es más astuto y desaparece ante sus ojos. El muchacho está nervioso, apenas puede controlarse. Respira de forma agitada e intenta ordenar sus ideas ¿Dónde pudo haber ido la criatura reptiliana? La pregunta se responde sola cuando el repugnante ser vuelve a materializarse a sus espaldas, lo toma del cuello por sorpresa y lo eleva de un gigantesco salto a varios metros de altura para luego arrojarlo con violencia al suelo, el agujero que deja el cuerpo de Gabriel en la tierra es enorme. A duras penas el muchacho se mueve e intenta levantarse, pero el reptiliano se deja caer sobre él ferozmente impactando con su puño el pecho y destrozando así parte de su armadura. El repugnante ser, al darse cuenta que el chico lleva un traje protector, comienza a golpearlo salvajemente para hacerlo pedazos. Gabriel entra en pánico y no es capaz de reaccionar aún. “No puedo morir ahora, no puedo

morir ahora” se repite a sí mismo una y otra vez hasta que con su mano derecha alcanza a rozar una roca puntiaguda que está a su costado. Sin pensarlo dos veces, el muchacho la recoge y con la adrenalina a tope golpea violentamente la cabeza del reptiliano con ella. La criatura se debilita y cae a un lado aturdida, Gabriel aprovecha esos segundos de ventaja para irse sobre él. Sin soltar la roca le da duro en la cabeza, golpeando una y otra vez hasta que comienza a brotar sangre negra. El reptiliano deja de oponer resistencia y se desploma en el suelo, pero Gabriel sin importarle si ya ha muerto o no, levanta la roca con sus dos manos y la deja caer con violencia reventando la cabeza del repugnante ser.

Gha-Kanon intenta liberar a los humanos que están de rehenes, pero dos salvajes reptilianos lo evitan acorralándolo a golpes contra un montículo de tierra. El hombre con una violenta patada tritura dos costillas de uno de aquellos seres haciendo que retroceda gritando de dolor, luego coge al otro por la nuca y con un violento movimiento le rompe el cuello. En ese instante algunos de los guerreros observan las lanzas que momentos antes fueron arrojadas por los reptilianos y que quedaron incrustadas en algunos de los cadáveres. Con la intención de apropiarse de ellas van y las toman, pero apenas hacen contacto con sus manos una terrible descarga eléctrica revienta sus cuerpos, uno a uno los extraterrestres nórdicos que empuñan las lanzas van explotando, expulsando toda su sangre y tripas.

–¡Es una trampa! – Grita An´Ra horrorizada al ver lo que sucede. – ¡No cojan las lanzas!

Gha-Kanon en medio de todo el caos logra finalmente acercarse al grupo de rehenes. Habían sido amarrados a unas estacas sobre una pequeña elevación de terreno para servir de comida al gran dragón de la montaña.

Uno de los reptilianos aparece de sorpresa a espaldas del hombre empuñando una lanza. Gabriel, a la distancia, se da cuenta de esto y corre a toda velocidad para detenerlo, logra llegar una fracción de segundos antes de que éste se

abalance sobre su amigo y lo derriba con un certero golpe en la cabeza. Sin embargo, el reptiliano se recupera rápido y contraataca arrojando su lanza la cual el muchacho esquivo ágilmente. Gabriel consigue agarrarlo de su brazo y le rompe el hueso en tres partes, luego lo remata con un feroz golpe en el rostro que lo tumba al suelo. Gha-Kanon y Gabriel se miran y ambos sonríen en señal de mutuo apoyo.

De pronto y para sorpresa de todos, una fuerte vibración subterránea comienza a emerger desde las entrañas de la tierra. La batalla se detiene por unos segundos y observan con asombro y estupor a la enorme montaña que gradualmente empieza a moverse provocando un monstruoso estruendo.

–Oh por dios... la montaña está caminando... – Exclama uno de los guerreros llamado K'r-Ther.

Todos los presentes contemplan el apocalíptico suceso. La montaña se arrastra una cierta distancia y luego se detiene para dar paso a un apoteósico desmoronamiento que descubre al terrible dragón que en ella habita.

Estupefactos, los guerreros y reptilianos observan con el alma en un hilo al gigantesco monstruo que ha despertado. Una figura humanoide levita suspendida en el aire junto a la cabeza del horrible dragón, se trata de Rasharont, el líder reptiliano quien rodeado por su enorme capa color púrpura observa con sus malvados ojos el campo de batalla. Tras un breve silencio finalmente abre la boca y le grita una orden al dragón en un idioma incomprensible.

Se desata un caos terrible. El monstruoso dragón arroja chorros de fuego dirigidos a los hombres que abajo deben sortear también el ataque de los reptilianos.

Muchos guerreros son alcanzados por el fuego y son desintegrados en el acto dejando en el aire cenizas y un terrible olor a carne quemada. Gabriel busca refugio tras una roca y sobre ella pone el cadáver de un reptiliano para cubrirse, desde aquella posición es testigo del crudo e infernal panorama. An´Ra pelea de forma solitaria contra dos criaturas que le atacan, pero logra esquivar todos los golpes hasta que uno de ellos se sube por su espalda y con su escamoso brazo rodea su garganta para intentar ahorcarlo, la estrategia surte efecto y

desesperadamente An´Ra intenta liberarse, pero no puede, le grita a K´r-Ther quien está luchando a su lado para que le ayude, pero éste acaba de ser vencido por otro repugnante ser que le atraviesa el pecho con su mano y le arranca el corazón de forma violenta. El reptiliano termina lanzándole un escupitajo al cadáver del abatido guerrero. Un chorro de fuego arrojado por el dragón impacta de lleno en la roca que refugia a Gabriel partiéndola en mil pedazos a causa de la explosión. El muchacho queda aturdido y desorientado, de rodillas comienza a avanzar por el campo de batalla observando todo lo que sucede a su alrededor. A su derecha puede ver cómo tres reptilianos descuartizan el cadáver de un guerrero cada uno agarrando una de sus extremidades para luego arrancárselas ferozmente. Otro hombre pide clemencia muy malherido recostado en el suelo hasta que llega un reptiliano y le golpea la cara con su pie salvajemente hasta que no queda más que una masa sanguinolenta. Los rehenes humanos son devorados todos por el dragón gigante, se pueden oír sus llantos y súplicas desde el hocico de la bestia antes de que ésta las engulla por completo.

Gabriel logra llegar sano y salvo hasta un montículo de tierra en el que está apoyada An´Ra. El chico se apoya junto a ella.

–¿Dónde está Gha-Kanon?... ¿Llegarán más guerreros a ayudarnos? –Pregunta Gabriel a su amiga, pero An´Ra no contesta, solo le observa fijamente. – ¿An´Ra? ¿Me escuchas?

Pero la mujer no responde. Es ahí cuando Gabriel mira un poco más abajo y se da cuenta de que le está hablando a la mitad de arriba de An´Ra. La guerrera había muerto hace rato ya partida en dos.

Otra gran explosión ocurre junto a Gabriel y le sacude expulsándole lejos, cae unos cuantos metros más allá de donde se encuentra el gran dragón eliminando a los guerreros uno por uno. Recostado en el suelo con parte de su armadura hecha pedazos observa al cielo a través del cristal roto de su casco y logra reconocer a Gha-Kanon batallando con todas sus fuerzas contra tres reptilianos que podrían darle muerte en cosa de segundos. El muchacho llora de impotencia y cierra sus ojos para encontrar la muerte de forma definitiva y reencontrarse con su familia.

Sin embargo, una fugaz visión de su pequeña hermana Camila le devuelve el coraje y la promesa que le hizo de su regreso lo obliga a ponerse de pie. Ahora nada parece importarle, no existe temor que amenace la gloria.

De un salto Gabriel se eleva a las alturas y se dirige a toda velocidad hacia Rasharont, el líder reptiliano. “Si está escrito que hoy deba morir”, piensa el muchacho, “Que sea por algo que valga la pena, por atreverme a hacer lo impensable”. Rasharont ve a Gabriel aproximarse y le recibe con una violenta patada que, de no ser por el casco protector, le hubiera volado toda su mandíbula. El chico, cegado por la furia, ignora el dolor y se va con todo contra el reptiliano, éste elude sin problemas los ataques hasta que finalmente responde con un violento golpe en la cabeza que lo arroja hasta el suelo de forma brutal. Una vez abatido en tierra el chico intenta ponerse de pie una vez más. Sus músculos apenas responden así que con su mano izquierda busca inconscientemente cualquier asidero que le permita apoyarse y lo logra, su mano se apoya en una lanza reptiliana enterrada en el suelo, curiosamente sin que ésta le provoque daño alguno. Gabriel nota esta particularidad al instante y desea aprovechar la ventaja que hasta el momento los reptilianos ignoran. No se sorprende al ver que Rasharont desciende de los cielos para darle el golpe de gracia que lo envíe al otro mundo. El reptiliano aterriza a pocos metros y luego camina con paso firme hacia el muchacho.

–Escoria humana atrevida... – Dice Rasharont con ese particular tono metálico. – Te enseñaré a no exceder tus límites.

Rasharont continúa acercándose mientras Gabriel espera pacientemente el momento preciso para coger la lanza.

–Te enseñaré a no mirar a los ojos de quien es superior a ti...

Gabriel lo mira directo a los ojos y le sonrío.

–Tengo otros planes...– Responde el muchacho y luego entierra con todas sus fuerzas la lanza en el estómago del reptil líder.

Rasharont horrorizado no lo puede creer, sus ojos desorbitados no dan crédito. Cegado por la furia coge la lanza de su propio ejército que le atraviesa y la jala hacia afuera expulsando a su vez varios litros de sangre negra desde sus entrañas. Sobre él, en las alturas, se encuentra Gha-Kanon sosteniendo una enorme roca la cual finalmente deja caer con todas sus fuerzas sobre Rasharont mientras éste se encuentra confundido. La enorme roca cae sobre el líder reptiliano sepultándolo. El guerrero desciende desde las alturas y ayuda a Gabriel a ponerse de pie.

–Te felicito. Sabía que lo lograrías... – Le dice Gha-Kanon.

–Gracias, ... pero ¿por qué cuando tomé la lanza no me ocurrió nada?

–Creo que la trampa se activa al reconocer el gen de nuestra raza. Eres humano, eso te ha salvado.

De pronto algo se mueve desde los escombros de la enorme roca. Es Rasharont quien agonizante intenta salir del agujero de la tierra, Gha-Kanon se acerca lentamente a él.

–Podrás matarme, Gha-Kanon, pero... el exterminio de tu gente es inevitable... ya sea aquí en la tierra o en tu planeta de origen... jamás prevalecerás...

El guerrero ignora las palabras de Rasharont, tan solo se acerca lentamente a su lecho. Coge su garganta firmemente, y luego, de un brutal movimiento le arranca la cabeza del resto de su cuerpo sin mayor compasión. Gha-Kanon la alza en señal de valentía y de que su raza no se dará por vencida. Muchos reptilianos al ver que su líder había sido decapitado se asustan y varios prefieren huir mientras todavía pueden hacerlo, de batallas anteriores en otros mundos la victoria solía ya ser favorable siempre para los guerreros nórdicos. El monstruoso dragón gigante, si es derrotado, puede darle una chance a la raza humana.

Gabriel observa a dos aviones caza del ejército sobrevolando la zona.

–Debemos destruir a la bestia... – Dice el muchacho. – En cosa de horas llegará el ejército de mi país preparado para atacar. No podemos permitir que siga muriendo gente.

–Rasharont ya fue muerto. – Responde Gha-Kanon arrojando la cabeza del reptiliano al suelo. – Su engendro ha de correr la misma suerte.

El monstruoso dragón profiere un horrible grito que hace estremecer la tierra. Gabriel, empuñando una lanza reptiliana, se eleva por los aires junto a Gha-Kanon.

–Algunos reptilianos han huido, sin embargo, seguimos siendo minoría frente a ellos. –Comenta Gabriel alimentado por el valor. – Si acabamos con la bestia, podemos ganar esta batalla.

–Necesitaré que me cubras mientras intento atacarle con otros guerreros...

–No, Gha-Kanon. – Le interrumpe el muchacho con voz firme. – Yo lo hago. Yo acabaré con la bestia.

–Escúchame Gabriel. Si algo sale mal nos va a costar muchas más vidas. Vidas de nuestra raza que no pueden seguir extinguiéndose. Es necesario que trabajemos en equipo y le distraigas mientras nosotros nos enfrentamos a él. Eres muy joven aun y es posible que por tu corta edad y poca preparación aún no estés listo para un monstruo como éste. Disculpa que sea tan duro con esto, pero es para que entiendas que no podemos cometer errores, en esta batalla se juega la libertad de tu planeta y no podemos perderla.

–¿Entonces por qué no me dejaste al margen? – Pregunta Gabriel mientras observa la cruda pelea entre reptilianos y guerreros que se desarrolla abajo en la tierra. – ¿Por qué me revelaste tantas cosas si no puedo ser de ayuda?

–Gabriel, ... intenta ver las cosas con claridad. – Le pide Gha-Kanon.

El muchacho no dice nada. En el fondo intenta apaciguar con gran esfuerzo su impulsividad y sed de venganza.

–Si, lo veo todo claro ya. – Resuelve Gabriel finalmente. – Fueron mis seres queridos los que murieron masacrados como resultado de una guerra ajena a mí. Yo acabaré con ese dragón. Por favor, tú y los demás eviten que los reptilianos interfieran.

El muchacho se arroja contra el gigantesco dragón a toda velocidad sin darle oportunidad alguna a Gha-Kanon para que lo evite.

–¡Maldición! – Exclama el guerrero viendo cómo Gabriel rodea la cabeza de la horrible bestia.

Gha-Kanon desciende a tierra para continuar la batalla y evitar que los reptilianos defiendan al monstruo. Arriba, Gabriel esquivo como puede las miradas del monstruo intentando ocultarse de sus ojos. La opción más factible que el muchacho considera es el de enceguecerlo atacando sus globos oculares, eso le daría una enorme ventaja si es que abajo los guerreros logran vencer al ejército reptiliano y luego, entre todos, coordinan un poderoso ataque para derribarlo. Pero imaginarlo resulta algo muy fácil, y para conseguirlo es necesario correr muchos riesgos, riesgos que Gabriel ya ni siquiera considera.

El muchacho se ubica justo frente a la cabeza del dragón. Empuñando la lanza, aguarda pacientemente hasta que en el momento oportuno se arroja violentamente contra el ojo derecho de la bestia. Un certero golpe acompañado de un furioso grito basta para enterrar la lanza reptiliana en el ojo cual estaca en un corazón gigante. El terrible aullido de dolor de la criatura hace temblar los cimientos de la tierra, eso provoca que los reptilianos se fijen en lo que ocurre arriba en el cielo. Gabriel se aleja por un momento mientras la bestia se sacude a causa del agudo de dolor. Explosiones de fuego salen de su hocico hacia todas direcciones provocando gran destrucción e incendios en los bosques aledaños.

“Si no quiero que esto se convierta en una mala idea, más vale acabarlo pronto”, se dice Gabriel mientras se acerca con gran habilidad y cautela hacia el ojo herido de la bestia. Luego, con un rápido movimiento logra extraer la lanza y con ello sale expulsado un enorme chorro de sangre negra. Con la lanza nuevamente en su

poder, Gabriel va al ataque, solamente queda el ojo izquierdo. Esta vez el muchacho toma más distancia y luego arremete a toda velocidad contra el monstruo tuerto enterrando la lanza en su otro ojo de forma más violenta y con un grito más furioso que la vez anterior. El dragón sacude su cabeza y da otro horrible alarido de dolor que hace temblar las montañas, algunos reptilianos saltan hasta el cielo y van tras Gabriel quien no encuentra nada mejor que huir para así ganar tiempo mientras Gha-Kanon y los demás guerreros derriban al monstruo. Sin embargo, la inferioridad numérica hace difícil el poder coordinar un ataque.

Cuatro reptilianos se abalanzan sobre Gabriel quien logra esquivar hábilmente los mortales golpes, pero uno de ellos logra cogerlo por su cabeza e intenta destruir con sus garras el casco protector que lleva el muchacho y que hasta el momento le ha salvado la vida. Otro reptiliano lo agarra por una de sus piernas y con fuerza intenta arrancársela de su cuerpo. Gabriel no quiere entregarse a la muerte aún y con una violenta sacudida logra quitarse a sus agresores de encima. Sin embargo, el panorama no es nada ventajoso, abajo decenas de guerreros son brutalmente asesinados. Muchos de ellos gritan de forma horrible mientras son devorados por los repugnantes reptilianos, pero lo realmente espantoso se presenta cuando Gabriel observa a cinco asquerosas criaturas hacer pedazos el cuerpo de un guerrero, se trataba de Gha-Kanon.

El tiempo se congela por un instante alrededor de Gabriel. Todo lo que está sucediendo pasa a un segundo plano mientras es testigo de cómo su mentor, protector y amigo es despedazado brutalmente. Sin embargo, Gha-Kanon con la mirada triste y vacía propia de un cadáver, parece tener en su interior una pequeña llama de vida que se niega a ser extinguida antes de alzar su brazo derecho y apuntar casi con una mágica felicidad a algo en el cielo. Gabriel sigue la dirección de la mano alzada y puede ver en las alturas, descendiendo desde el cielo, toda una legión de ángeles. El muchacho se estremece ante semejante espectáculo. Miles de ellos descienden a la tierra a toda velocidad mientras que cientos de reptilianos huyen aterrorizados hacia las montañas más cercanas, pero es inútil, los miles y miles de guerreros que descienden del cielo los alcanzan y

van acabando con todos ellos. Un total de 10 guerreros nórdicos vestidos todos con túnicas de color azul rodean la cabeza del gigantesco dragón enceguecido, levantan sus manos al unísono y comienzan a enviarle una serie de vibraciones que terminan por destruir su organismo. La agónica bestia ya no puede sostenerse en pie y finalmente se derrumba en el suelo dando débiles alaridos de dolor. El dragón fue finalmente derrotado.

En tierra, miles de cadáveres pueden ser contados en el campo de batalla. La sangre tiñe el suelo dándole al paisaje un toque macabro. Gabriel camina en medio de aquel infierno ahora que se ha instalado la paz. Se detiene frente al cadáver de Gha-Kanon quien aun con sus ojos abiertos sostiene la mirada en la infinitud del cielo. Los guerreros recién llegados comienzan a descender a la tierra, una de ellos, una mujer que vestía túnica azul se acerca a Gabriel.

–Tú debes ser a quien llaman Gabriel ¿no es así?

El muchacho la observa quitándose el casco destrozado y luego asiente.

–Mis respetos hacia ti. –Contesta ella ofreciéndole una reverencia. – Mi nombre es Sa'Deth. Mi hermano menor, Gha-Kanon, me habló muchas cosas de ti. Me pidió cuidarte y protegerte si es que él no sobrevivía a esta batalla. Lamentablemente no pudimos llegar antes porque la invasión lunar fue más difícil de lo que esperábamos.

–¿Invasión lunar? –Preguntó Gabriel.

–Así es. La raza reptiliana tiene bases ocultas en la luna de este planeta. De allí planeaban enviar más bestias y ejércitos gigantes para acabar con los humanos, pero los hemos aniquilado nosotros a ellos antes en una sangrienta batalla lunar.

Sa'Deth se acerca al muchacho quien aun no logra recuperarse emocionalmente de todo lo vivido.

–Tú eres Gabriel. El de las profecías y visiones de An'Ra de y de mi hermano, ... ven con nosotros. Mi planeta está en peligro y tu heroica figura puede ayudarnos a

mantener la paz en el universo. Hay un príncipe malvado llamado Ashtar Sheran que amenaza nuestro mundo.

Diciendo esto Sa'Deth se arrodilla frente a Gabriel en señal de humildad. El muchacho también se arrodilla y apoya su mano derecha sobre su hombro.

–¿Hay espacio para una niña pequeña también? –Pregunta sonriendo.

Es así como tras estos acontecimientos, a Gabriel se le fue revelado todo un mundo nuevo que trajo consigo toda una vida nueva. Ya no pertenecía más al mundo, ni al planeta tierra, ni a nuestra galaxia siquiera. El muchacho pasó a ser clave en la estabilidad del cosmos.

En un planeta lejano, del cual provienen los guerreros, el chico va a bordo de un extraño barco acompañado de un numeroso ejército. La nave surca un extraño mar rojo conocido como el océano de la sangre. En medio de esta fría y desolada región se ve a Gabriel apoyado de un mástil observando a un punto fijo en el horizonte de aquel extraño planeta. Allí se deberá enfrentar a la temible serpiente hechicera que está bajo las órdenes del malvado príncipe reptiliano Ashtar Sheran.

He aquí que comienzan los cánticos...

He aquí que comienzan los poemas...

Aquí comienza...

La epopeya de Gabriel.

FIN.